

ALFAGUARA



John Berger

Lila y Flag

Traducción de Pilar Vázquez

Lila y Flag

Un cuento de viejas sobre la ciudad

viejo poema de amor

El heno
olía al amor
del cielo por la tierra.
Eras el dolor de mis costillas
que afligían
los carros aún por descargar.

Los muertos
ocupaban el umbral
con la vista tras ellos.
Eras la casa
la bujía bajo el ciruelo
y mi eternidad.

nacimiento

Tres mariposas alzan el vuelo como ceniza blanca sobre una hoguera. Que mis muertos me ayuden ahora. Una de ellas reaparece y, volando sobre la hierba crecida que pronto tendré que segar, se posa sobre una flor azul y abre las alas; lleva impreso en ambas el mismo signo gris oscuro: el color de las primeras marcas que deja un tizón sobre el papel. Empiezo a pensar en Zsuzsa, o tal vez sea ella quien empieza a pensar en mí. Una segunda mariposa desciende y cubre a la primera; la segunda es Sugus. Con las alas extendidas, tiemblan las dos como cuatro páginas de un libro abierto al viento. De pronto, Sugus se echa a volar. Que mis muertos me ayuden ahora. Zsuzsa repliega las alas, cae de la flor escabiosa, se reúne con las otras dos mariposas y se aleja volando sobre la hierba crecida que pronto tendré que segar. Las quise a todas ellas.

comida

Zsuzsa vivía en una casa del cerro de las tenerías. Las tenerías eran unos altos edificios abiertos, sin paredes, y en cada piso había pieles puestas a secar al aire salino que venía del mar. Ligeramente abultadas por la brisa, más que pieles parecían gigantescos murciélagos durmiendo cabeza abajo. Durante años se había hablado de demoler las antiguas tenerías y construir unas nuevas en otra parte, más alejadas de la costa. El plan no se había llevado a cabo debido a una advertencia del Departamento de Salud Pública. El departamento amenazaba con que si se destruían los antiguos edificios, los millones de ratas que vivían en ellos abandonarían la colina e invadirían Troy. Fue en estas tenerías donde trabajó Marius hace mucho tiempo, cuando todavía eran muchos los hombres que volvían vivos de la ciudad.

La casa de la madre de Zsuzsa en el Cerro de las Ratas era color azul. Tío Dima, que a veces trabajaba en el puerto, la había pintado con una pintura robada que era especial para piscinas. Un intenso color turquesa.

¡Ahora sólo nos falta el trampolín!, dijo Zsuzsa cuando él acabó de pintar.

Una semana más tarde, tío Dima fue arrestado una noche en que él y dos de sus amigos intentaron abrir la caja registradora de una gasolinera en la autopista de circunvalación.

El padre de Zsuzsa había desaparecido cinco años antes sin dejar rastro. A veces las personas se esfuman en las carreteras que van de una ciudad a otra. Aquí, en el pueblo, los hombres dejan a sus mujeres y a sus hijos, pero al final siempre se acaba sabiendo de ellos. Dos años después de que el padre de Zsuzsa desapareciera sin dejar rastro, su madre volvió a casa un domingo por la mañana con tío Dima. Os presento a mi nueva media naranja, anunció a su hijo, Naisi, y a sus dos hijas.

La Casa Azul tenía dos habitaciones. Comparada con algunas de las chabolas de los vecinos, era una vivienda sólida. Las paredes eran de bloques de hormigón, y la lona del tejado, robada de la Marina americana, estaba bien alquitranada y sujeta con estacas de madera.

A diferencia de su hermana menor, Zsuzsa era delgada. No sólo tenía delgadas las muñecas y los tobillos, sino también el pecho, los hombros y las caderas.

Podría pasar entre la puerta y los goznes, suspiraba su madre.

Dicen que los cuerpos revelan el carácter. Es un error. El cuerpo nos cae en suerte, como las cartas. El carácter empieza con cómo juega uno con lo que le toca. A los diecinueve años Zsuzsa parecía un muchacho. Y, sin embargo, era ya más femenina que un ama de cría. Era única, Zsuzsa, y no obedecía sino a su propia ley.

Conoció a Sugus a la salida de St. Joseph. St. Joseph no era una iglesia, sino una cárcel; una gran cárcel que albergaba dos mil presos. Había ido a visitar a su tío.

¿Qué tal estás, tío Dima?

¿Cómo voy a estar?

¿Mal?
No podría estar peor.
Hoy hace un día muy bueno.
Once jodidos meses. ¿Qué me has traído?
Empanadas, una piña, hígado de bacalao ahumado.

¡Hígado de bacalao! ¡Sólo a tu madre se le ocurriría mandarme hígado de bacalao ahumado!

Y también cigarrillos.

Zsuzsa, quiero que vayas a ver a Rico.

No me gusta ese hombre, tío Dima.

¿Que no te gusta mi amigo?

La última vez intentó tirármeme.

Bastará con que no te acerques demasiado a él. Quiero que vayas a ver a Rico y que le digas que el camión está listo.

Vale.

¿Y qué le dirás?

Que puede recoger el camión.

¡No! El camión está listo.

Lo mismo da.

Qué habrá hecho tu madre para merecer una hija tan tonta. El camión está listo.

Se lo diré así, tío, no te preocupes. Alguien tiene que recogerlo, ¿no?

Dile sólo: el camión está listo. Él comprenderá.

Tengo que irme.

Dame un beso.

No está permitido aquí.

Dame la mano entonces.

Adiós, tío.

Adiós, Zsuzsa. Y no te olvides.

La entrada de la cárcel, que tenía cien años, era de ladrillo. Sobre el arco que coronaba los grandes portones, que sólo se abrían para que entraran

o salieran las furgonetas negras que traían y llevaban a los presos, había un letrero de madera en el que se leía: PENITENCIARÍA ESTATAL. CENTRO CORRECCIONAL. Encima de estas nobles letras había una balanza dorada. La gente que iba a pie entraba y salía por un portillo practicado, como una especie de indulto, en uno de los inmensos portones. Los abastecedores de la cárcel utilizaban la entrada electrónica de la nueva ala, que estaba situada a otro nivel, bajando la colina.

Desde el Champ-de-Mars, en la entrada principal, se veían los muelles, el barrio de la estación, conocido con el nombre de Budapest, y al norte, la zona industrial, sobre la cual en los días caniculares del verano, cuando el mar parecía un plato, colgaba un manto de humo amarillo como el arenque ahumado. Al salir de la cárcel, Zsuzsa pasó por la puertecilla que era como un indulto. Fuera había dos soldados.

La siguieron con los ojos volviendo la cabeza a su paso. Zsuzsa llevaba sandalias, pantalones vaqueros y una camiseta en la que ponía STANFORD UNIVERSITY. Observaron curiosos cada una de las letras de aquellas palabras impronunciabiles. Uno de ellos tamborileó con los dedos en el cañón de la ametralladora que sostenía apoyada contra el antebrazo contrario.

¡Bonito par de limones!

Ya soy vieja, pero todavía recuerdo lo que era pasar por delante de los hombres cuando te deseaban con la mirada, de una forma asquerosa o bella. Parimos monstruos, parimos santos y parimos a todos los que no son ni una cosa ni otra. A Jesús de Nazareth y a Herodes. Todo tipo de bondad y de maldad sale de entre nuestras piernas, y mientras somos jóve-

nes, todo tipo de bondad y de maldad sueña con volver a entrar allí.

El soldado sabía que Zsuzsa había oído lo que había dicho porque la muchacha cambió su forma de caminar. Un poco más lejos, unos niños jugaban con un burro. Del mástil de la torre de la cárcel colgaba flácida, como desmayada por el calor del día, la bandera nacional.

¡Qué bonito par de limones!

El segundo soldado siguió a Zsuzsa. Y de repente, como bajado del cielo para salvarla, apareció aquel joven; estaba arrimado a un murete sobre el que había una bandeja llena de vasos y un termo color azul.

¿Quieres un café?

¿Cuánto cuesta?

Seiscientos.

No.

Mejor un poquito de zumo de limón, dijo el soldado mirándola lascivo.

El joven de la bandeja alcanzó a Zsuzsa un vaso con café y luego se interpuso firmemente entre ella y el soldado.

Tómatelo, dijo. Te invito.

¿Cómo te llamas?

Sugus.

¡Qué nombre tan gracioso para un chico!

Me lo pusieron de chaval porque vendía chucherías.

Sugus, ¿como los caramelos?

Eso es.

El soldado dio una palmada en la culata de la ametralladora y les volvió la espalda.

Y ahora vendes café.

Pago cinco mil para poder poner el puesto.

¿A quién?

Sugus señaló con la cabeza hacia los guardias.

Es un montón de dinero.

A los hombres no les importa pagar lo que sea por un café aquí.

¿Ah, sí?

Cuando salen; no cuando entran. Un hombre que ha cumplido condena ahí dentro necesita un café al salir para asegurarse de que no está soñando. Necesita un café casi tanto como necesita una mujer. Además están los visitantes: ellos lo necesitan para demostrarse que no son como el hombre con quien acaban de estar hablando. ¿A quién tienes dentro?

A mi novio, mintió la chica.

¿Cuánto le ha caído?

Diez años.

Se volverá loco.

Una bandada de estorninos —como mil astillas que salieran disparadas tras un hachazo— cruzó el Champ-de-Mars y se posó en los tejados negros de la prisión.

No, no se vuelven locos, dijo Zsuzsa. Eso es lo primero que cambia al otro lado de esas puertas. La necesidad de volverte loco desaparece, se va haciendo más pequeña cada día, menos apremiante —alzó las manos hasta las sienes: llevaba cuatro anillos y las uñas pintadas color plata—, hasta que un día desaparece. Es fuera donde la gente se vuelve loca. Lo más seguro es que sea yo quien me vuelva loca primero.

¿Cómo se llama?

Dudó, miró a su alrededor y, siguiendo el vuelo de los últimos estorninos, reparó en la bandera

nacional que colgaba flácida de la torre de la prisión en el bochorno de la tarde.

Flag*, dijo.

¿Que se llama Flag?

Así se llama, de verdad.

Pues qué nombre más raro.

Se lo pusieron por cómo nació. Nació en la calle, un siete de junio, el día de la fiesta nacional. Había banderas por todas partes, y nació un mes antes de tiempo, un mes entero. Era por la noche, y su madre estaba bailando en Alexanderplatz, como todo el mundo aquella noche...

¿Quién te ha contado todo eso?

De repente estalló una tormenta, un relámpago iluminó los cerros. Y entonces ella rompió aguas.

Sugus la miró a la cara. Tenía unos ojos grandes, demasiado grandes. La chica los cerró. Sabía que eran oscuros, pero no recordaba el color exacto. ¿Eran grises o marrones?

Y en un santiamén, dio a luz allí mismo, entre un tiiovivo y una caseta de tiro al blanco, en la que si tenías buena puntería podías ganar una muñeca de tamaño natural o un oso de peluche. No cesaban de disparar —me contó su madre—, y el problema fue que no había con qué tapar a la criatura, así que cogieron una bandera que colgaba de una farola y lo envolvieron en ella. Y desde entonces siempre lo llamaron así, Flag.

¿Por qué está encerrado?

Mató a un hombre.

¿A propósito?

Sólo las mujeres matan a los hombres adrede.

¿Estás segura?

* *Flag* significa *bandera*. (N. de la T.).

Sí.

¿Qué hizo, entonces?

Estaba celoso y apuñaló al hombre.

¿Celoso por ti?

Zsuzsa cerró los ojos y luego dijo: Sí, por mí.

¿Y el hombre? No Flag, el otro.

El otro nunca me había tocado. Nunca le dejé hacerlo.

Entonces ese Flag estaba celoso sin razón.

Flag se moría de celos.

¿Y el otro hombre murió?

Sí.

A Zsuzsa le faltaban dos dientes de abajo; el chico se dio cuenta cuando ella sonrió.

No te creo.

Estaba muy bueno el café, dijo Zsuzsa.

No te creo.

Sí, de verdad, estaba muy rico; el mejor que he tomado esta semana.

No me creo la historia que me has contado de ese Flag.

No te estoy pidiendo que te creas nada, dijo ella.

Lo más seguro es que hayas ido a visitar a tu hermano pequeño, que está en el trullo por mangar radiocasetes. Da igual, ¿dónde vives?

Barbek.

¿En el cerro?

Sí, en el Cerro de las Ratas.

Yo vivo al otro lado del río, dijo él, en Cachan.

Cachan, exclamó Zsuzsa. Mi madre va allí a trabajar todas las noches.

Cachan es inmenso.

Es limpiadora. En el edificio de IBM. Su última tarea antes de amanecer es cambiar las rosas del des-

pacho del director. Pone rosas frescas todos los días; las viejas se las trae a casa. Me encantan las rosas. Me podrían regalar cien. Cien rosas robadas y soy toda tuya.

Mira, dijo Sugus señalando con la cabeza hacia la cárcel, ha salido uno.

El hombre llevaba una maleta.

Observa ahora cómo se meten con él los guardias.

El hombre andaba con el brazo que tenía libre un poco separado del cuerpo, como si estuviera avanzando por un tablón muy estrecho a una gran altura y tuviera que mantener el equilibrio. Iba mirando al frente, con el cuello agarrotado.

¡Ahí va!, dijo uno de los soldados. El jodido se cree que en su casa todavía se acuerdan de él.

El hombre siguió andando, a pasitos, como si saliera por la pasarela de un barco hacia el muelle.

Los jodidos como él no merecen tener una casa.

El coño de su madre huele a bacalao, dijo el segundo soldado.

En ese momento el hombre atravesaba la verja de la prisión. Desde allí vio todo el Champ-de-Mars, los plátanos, la ciudad de Troy abajo, a los niños jugando con el burro, a Sugus con su bandeja pintada y el mar color de vino. Siguió caminando como si avanzara por una pasarela.

¿Sabes a qué huele el coño de su madre?

¿Un vaso de café, *milord?*, le propuso Zsuzsa.

El preso recién liberado dudó y se sacó un pañuelo del bolsillo.

El primer sabor de la libertad, dijo Zsuzsa.

Solo, sin azúcar, respondió el hombre.

Cogió el vaso con las dos manos rodeándolo con el pañuelo y se sentó en el murete para tomarlo despacio, saboreando el gusto del café.

No tendrá arsénico.

Zsuzsa se rió, y Sugus pensó: Cuando se ríe, somos más altos que nadie.

¿No lo sabéis?, dijo el hombre. La semana pasada tuvieron que hospitalizar al jefe de policía. Lo habían envenenado con arsénico. Su mujer confesó. Había cuatro mujeres implicadas en el caso. Se les ocurrió poner arsénico en el café de sus maridos. Una pequeña dosis cada día. Todos los maridos tenían algo que ver con la ley. Polis.

¿Querían matarlos?

No, qué va. Querían gastarles una broma a sus instrumentos.

¿Qué instrumentos?

Querían poner fin —eso es lo que dijeron— a las infidelidades de sus maridos. Habían oído que un poco de arsénico hace que el instrumento no se empiñe. De este modo sus hombres no podrían tirarse a otras mujeres. Una de las esposas también puso arsénico en las natillas. El azúcar oculta el mal sabor del veneno. Por eso yo no tomo azúcar.

Zsuzsa se rió, y Sugus volvió a pensar: Cuando se ríe, somos más altos que nadie.

Al principio tienes miedo, dijo el hombre.

¿Ahora?, preguntó la chica.

De no saber adónde ir.

Abrió la maltrecha maleta y sacó un paquete envuelto en papel de periódico.

Pierdes la costumbre de elegir, dijo él.

El envoltorio de papel de periódico contenía una gorra de piel, nueva y muy plana, que él se puso con mucho cuidado en la cabeza, comprobando con sus embotados dedos la parte del cuero cabelludo que quedaba sin cubrir.

Zsuzsa sacó un espejo del bolso y se lo acercó. El preso recién salido se miró y vio a un hombre de unos sesenta años de mirada indómita.

Te queda muy bien, dijo la chica.

¿De verdad? No me gustaría volver una esquina y darme de narices con esos gorilas de mierda.

Con ella puesta no tienes nada que temer, contestó la chica.

¡Una gorra contra los «gorrilas»!, bromeó el hombre. Su mirada era la de alguien furioso por todo lo que había perdido.

Hoy todo es estupendo.

¿Cuánto te debo por el café?

Mil doscientos, respondió Zsuzsa.

El hombre le pagó, cerró la maleta, se palpó la gorra con los dedos y se fue caminando hacia la ciudad.

No podía creerlo, dijo Sugus. No podía creerlo cuando vi que le estabas cobrando el doble.

Dentro oyen que los precios no paran de subir, respondió Zsuzsa, pero pierden la noción de lo que valen de verdad las cosas fuera. Son como niños cuando salen.